Mañana será otro día

Cuándo Jolanta lo vió por primera vez, no pudo más que pensar, que cuán corto se había quedado todo lo que le habían dicho sobre Putnam. Era alto, de casi siete pies de altura, observándolo sintió, que incluso Vargos, que era bastante alto, se quedaba pequeño a su lado, aquello era, probablemente, producto de su genética combinado con las setas especiales que crecían en Kaer Seren, y que a diferencia de sus contrapartes masculinas en la Escuela del Gato con los que ella había convivido durante muchos años, los Grifos tenían más a mano, no teniendo que recurrir a viajar semanas en la caravana, hasta dar con las cuevas en las que crecían.

Sus cabellos, rizados al final, aunque bien ocultos por la coleta que llevaba, eran de un castaño claro, que poco a poco se iba oscureciendo recordando al color de aquella madera sacada del pino basiliano, que los nativos de aquella isla al oeste de las islas Skellige llamaban tea, y servía para puertas muy resistentes. Aquello daba lugar a sospechar, que seguramente había venido del sur a aquella cosmopolita ciudad que era Novigrado, lo que se reforzó por el tono de su piel, el cuál era oliváceo, tirando a rosado, indicativo, de que alguna vez, había llevado un moreno que nada tenía que envidiar al más idealizado de los marineros de Cidaris o al de la tabernera que atendía el lugar, Olivia Cheboi y sus orígenes mixtos, mitad norteños, mitad zangvebarianos.

Su rostro, acompañado por aquel estilo de barba suave típico de Nazair, era proporcionado, en todos los aspectos, solo interrumpido por las cicatrices que cubrían su rostro, una recta y otra de garra, cómo sí tanto animales y hombres sintiesen miedo de su belleza, tenía trazos que imposibilitaban intuir su origen, su nariz, parecía de orígenes sureños, de Metinna, Ruach, o incluso, más allá, pero tenía las proporciones adecuadas cómo para no serlo. Sus labios, recordaban a los labios del archipiélago, pero tampoco, pues no eran lo suficientemente gruesos.

Y para rematar, aquellos dos ojos bicolores de pupila vertical, penetrantes, misteriosos, intimidantes, llamativos, cómo sí se tratase de los colores de una de esas ranas tropicales venenosas que había visto en el zoo de Novigrado. En su lado izquierdo, con aquel azul profundo pero a la vez claro que interrumpía la cicatriz lineal y que recordaba a la parte del mar que bañaba Ebbing en verano, y aquel verde en su lado derecho, salvaje, pero a la vez hermoso, que interrumpía la cicatriz con forma de garra y recordaba tanto a la primavera, cómo a las historias de aquellos bosques peligrosos que llamaban selvas, los cuáles narraban tanto comerciantes ofiris y zangvebarianos en el puerto para engatusar a sus clientes con productos caros, que seguramente en sus tierras no serían más que cachivaches baratos y sin alguna utilidad particularmente importante.

Era musculoso, pero no en exceso, o al menos, eso es lo que se intuía por la forma en que la armadura ligera que llevaba, se adaptaba a su cuerpo y cómo el medallón, con aquella cabeza de grifo abriendo el pico, se movía, era sin duda un miembro digno de la

escuela que había fundado Erland tras la caída de la Orden de los Brujos. Podía comprender, tanto a Tubiel y sus ataques de celos respecto a otras mujeres que se le acercasen, pues sin duda, el brujo de la Escuela del Grifo era un tesoro que resguardar bien, y ella hubiese reaccionado igual que la que consideraba cómo su hermana, sí alguna, le intentase arrebatar a aquel hombre, cómo el resentimiento que tanto sus dispersados cómo reformados compañeros felinos podían tener hacia él, pues seguramente sus ágiles y reminiscentes de lo élfico cuerpos no podían hacer todo lo que ella percibía que él podía hacer.

En resumidas cuentas, era equilibrado. Cómo aquellas estatuas de hombres perfectos que los escultores de Oxenfurt tratando de imitar el trabajo de los Aen Seidhe hacían, a la vez que debatían sobre cuál era el canon de belleza masculina idóneo. Una pena que no estuvieran ahí aquella noche, pues ella, lo había descubierto hacía unos instantes.

Su presencia era imponente, pero a la vez, había algo en él que transmitía tranquilidad y seguridad. Quizás fuera su mirada, que a pesar de su intensidad, parecía llevar un mensaje de paz. O quizás fuera su sonrisa, que a pesar de las cicatrices, era cálida y amigable.

El brujo parecía ser una persona de carácter fuerte, pero a la vez muy sensible. Jolanta podía intuirlo por la forma en que trataba a los demás, con respeto y amabilidad, pero sin dejar de ser firme y decidido cuando era necesario. Era una combinación poco común, pero que sin duda, lo hacía aún más atractivo.

Su voz, era grave, suave y melodiosa, con un acento koviriano que le salía de manera natural, pero que era imposible saber sí estaba siendo imitado, o era de hecho, natural, lo cuál solo enfatizaba más su misterio y aquella musicalidad que tenía su voz.

Jolanta no podía apartar la mirada de él, estaba completamente hipnotizada. Todo en Putnam parecía ser una mezcla perfecta de fuerza y belleza, de misterio y seguridad. Era como si hubiese sido creado por algún artista divino, con cada detalle cuidadosamente diseñado para causar el máximo impacto.

La fascinación de Jolanta por Putnam era tal, que parecía haber olvidado el propósito de su visita a la Rosa Púrpura, tener una cena barata, pero que fuera en condiciones.

Putnam también la miraba, y sus ojos bicolores parecían escrutarla con una intensidad que hacía que Jolanta se sintiera a la vez incómoda y emocionada. Pero no era una mirada de desaprobación o de juicio, sino más bien de curiosidad y, quizás, de interés. Al poco, se dió cuenta de la había reconocido.

— Jolanta, ¿Verdad?

Contestó acercándose a ella con una leve sonrisa y un tono de voz amable y cordial, contrastando con cómo había estado hacía un instante cuándo ella entró por la puerta. Golpeando a un bandido del grupo que había intentado asaltar el local contra la mesa, hasta dejarlo inconsciente o sin aire (ella sospechaba que lo segundo) y sus

compañeros criminales huían (a los que encontró, de hecho, saliendo del local cómo sí hubiesen visto al diablo en persona)

— La misma, o eso dicen.

Replicó, en un tono serio, con un ligero toque divertido al final.

Entonces, el extraño afecto que Putnam había desarrollado por los amorales Gatos (derivado del pasado más noble Tubiel tenía), completamente opuestos a lo que eran los Grifos y otras escuelas, causantes de la gran mayoría de mala fama que los brujos tenían, le jugó una mala pasada e hizo qué se decidiera por un enfoque más directo con respecto a lo que tenía que decirle ya que se la había encontrado por casualidad.

— Tubiel — suspiró el brujo pesadamente, tratando de ocultar algo que se notaba que le pesaba. Jolanta entonces, cayó en su segundo defecto, unas ojeras, indicativo de no dormir bien, que afeaban, lo que, de resto, hasta con las cicatrices era un hermoso rostro — Me habló mucho de ti — remató con una sonrisa algo melancólica.

— Lo mismo puedo decir, Vargos me habló mucho de ti, Grifo. Jamás creí que te conocería en persona.

Le devolvió la sonrisa, aunque en el caso de ella, esta era mucho más animada. Pero pronto, esta desapareció, en cuánto notó la siguiente reacción de Putnam, similar a la anterior.

— Vargos — suspiró — Tengo noticias de él.

A Jolanta entonces, se le dilataron sus pupilas verticales, por mucho que tratara de ocultar que su ex no le importaba, en el fondo, lo hacía, aunque fuera un poco.

— ¿Noticias? Por favor, siéntate ¿Quieres cenar? — contestó Jolanta rápidamente — No es que tenga mucho suelto, pero, basándome en lo que hay en el menú y sus precios — lo miró por un instante, cómo muchos otros brujos, no tuvo que levantarse, sus pupilas viperinas le permitían hacer un zoom natural — Y que está feo no recompensar a mensajeros, creo que puedo permitirme invitarte, ¿Eh?, ¿Qué dices?

El brujo entonces, dejó correr un breve, pero poderoso silencio, aceptando tras este la invitación con un leve cabeceo. Se sentó. Y tras este, cómo sí se tratara de mal oleaje, vino otro, producto de las noticias que le contó.

— Vargos está muerto. Tubiel...También.

Jolanta sintió cómo el mundo se detenía a su alrededor. Las palabras de Putnam resonaban en su mente una y otra vez, como un eco lejano y distorsionado. No podía creer lo que acababa de escuchar. Vargos y Tubiel, muertos. Era demasiado para asimilar. Pero aún así, mantuvo las formas, tal y cómo Putnam las había mantenido, aunque ella pudiese haber llegado notar los leves quiebres en su voz, especialmente perceptibles cuándo mencionó el nombre de Tubiel y dejó aquel breve espacio antes de

terminar de hablar. Y tal y cómo, lo más parecido a un padre que había tenido, Pardus, le había enseñado. "Las hechiceras no lloran por orgullo, y por ego. Las brujas no lloran, porque las lágrimas atraerán a los monstruos y se las comerán. Da igual su forma, humana o no."

Jolanta tragó saliva, luchando por mantener la compostura. "Las brujas no lloran", se repitió a sí misma, clavando sus ojos dorados en la mesa. Tomó un respiro profundo y levantó la mirada hacia Putnam, tratando de parecer fuerte, a pesar del dolor que sentía en su interior.

— Gracias por contármelo, Putnam — susurró, su voz temblorosa pero firme. — ¿Cómo... cómo sucedió?

El brujo la miró con una mezcla de tristeza y admiración. Podía ver el esfuerzo que Jolanta hacía por mantenerse serena, y no pudo evitar sentir un profundo respeto por ella. Él, era incapaz de aguantar tan bien el dolor que sentía por la pérdida del que alguna vez consideró cómo su hermano mayor, y el amor de su vida respectivamente. Pues aunque habían pasado meses, a Putnam le seguía doliendo cómo sí fuese el primer día.

— Es mejor que te ahorre los detalles — suspiró, desviando la mirada bicolor hacia Olivia, la tabernera, quién, reía junto con unos clientes para luego volver a la barra. Tras eso, fijó su mirada viperina en la de la contraria, y dejó que el silencio hablara por él —

Jolanta asintió, sintiendo un nudo en la garganta. Aunque su relación con Vargos había terminado hace tiempo (no por ella quisiera, precisamente, todo sea dicho), el dolor por su pérdida era real. Y podía ver que Putnam también estaba afectado. Pues a pesar de su experiencia y su fuerza que se notaban a primera vista, había una tristeza en sus ojos más allá del dolor que compartían en ese instante que Jolanta no podía ignorar, y se dio cuenta de que, detrás de su apariencia imponente, había un hombre que había sufrido mucho.

Jolanta sintió un impulso de consolar a Putnam, de decirle algo que aliviara su dolor, pero se contuvo. Sabía que las palabras a menudo eran inútiles en momentos como aquel. En su lugar, se limitó a decir:

— Gracias por venir a decírmelo en persona, Grifo. Significa mucho para mí.

Putnam la miró con una expresión de gratitud y asintió. Luego, su mirada se desvió hacia la taberna, llena de gente riendo y disfrutando de la noche. Parecía un contraste cruel con su propio dolor y el de Jolanta.

— Esta no es una noche para estar sola, Jolanta, y más después de las noticias que te he dado— dijo Putnam, volviendo su mirada hacia ella. — ¿Te importaría si me quedo un rato más? Tampoco es que tenga grandes planes para esta noche — comentó divertido tratando de aliviar la tensión del momento —

Jolanta negó con la cabeza y le ofreció una débil sonrisa.

— Por supuesto que no, Putnam. Estaré encantada de tu compañía. Además, ni siquiera hemos pedido la cena, acabo de darme cuenta— rió con suavidad, tratando de hacer su parte para aliviar la tensión del momento, acompañando al contrario en su enconmiable labor—

Putnam correspondió a la sonrisa de Jolanta, aunque su propia sonrisa estaba teñida de tristeza, una tristeza empozada que no se había ido desde que fue el único superviviente de aquella fatídica noche en la perecieron Vargos, Tubiel y muchos más. A lo que se le añadió el hecho, de que a pesar de todo, no podía evitar sentirse más culpable de lo que ya se sentía por no haber podido hacer nada en su momento, al traer tales noticias devastadoras y más de una manera tan accidental, pues nunca esperó haber cruzado caminos con ella.

— Y bueno, ¿Qué quieres cenar?

Habló ella, tratando de desviar la conversación hacia cosas más banales.

— Que elija la que invita por ambos, faltaría más. — Replicó él —

Aunque no tenía mucho apetito, sabía que Jolanta necesitaba un poco de normalidad en ese momento. Sí volvían a cruzar caminos, le contaría también sobre Caldigi, sabía que se conocían, o eso le había dicho Tubiel en su día. Sí no se lo había contado, es porque consideraba que las cosas no podían ir de sopetón. "Hasta en el dolor, hay que mantener las formas, o sino, te acabarás desangrando" Recordó al viejo Keldar en ese instante, aquella lección, curiosamente, servía tanto literal, cómo metafóricamente. El viejo sería todo lo gruñón y estricto posible, pero solía tener razón en casi todo. Algún día tendría que volver a casa y verse de nuevo con él, algún día.

Putnam se quedó sumergido en sus pensamientos por un momento, pero la voz de Jolanta lo trajo de vuelta a la realidad. Ella había pedido una sopa de pescado y un plato de carne asada con verduras para compartir junto con vino para beber, pero quería estar segura de que su invitado también quería lo mismo. El brujo asintió con aprobación, confirmando que estaba de acuerdo, además de a modo de agradecimiento por la llamada de atención.

Mientras esperaban la comida, Jolanta y Putnam hablaron de cosas sin importancia, tratando de llenar el vacío dejado por las noticias devastadoras. Hablaron del clima, de la ciudad, de la taberna, de todo menos de lo que realmente pesaba en sus mentes.

Cuando la comida llegó, Putnam insistió en servir a Jolanta primero, un gesto caballeroso que ella agradeció con una sonrisa. Cómo buen Grifo, el brujo tenía excelentes modales, lo que solo añadió, a ese aire de perfección que traía consigo que tan bien disimulaba lo que ella había percibido en pequeños trazos aquí y allá. Pero fue en la cena, cuándo este, se empezó a desvanecer un poco, revelando más capas de lo que era una compleja personalidad. Jolanta se fijó en lo estricto y maniático que era.

Servilleta siempre a la derecha, únicamente dos pases para limpiarse, ni más, ni menos, cuchillo siempre con la izquierda, tenedor con la derecha, a la forma povissiana. Movimientos calculados, ni muy rápidos, ni muy lentos.

La cena transcurrió en un ambiente tranquilo y respetuoso. Jolanta observaba a Putnam con una mezcla de admiración y curiosidad. El brujo, por su parte, parecía haber encontrado en ella una compañía agradable que le permitía distraerse, al menos por un momento, de sus pensamientos más oscuros. Aprovechó y la estudió con detenimiento mientras hablaban, se fijó en su pelo, púrpura, que rápidamente descubrió que era teñido al observar cómo el pelirrojo natural de la contraria se iba descubriendo en determinadas zonas, provocador en una ciudad cómo aquella tan intolerante con los no-humanos, pensó para sí mismo, pero a la vez, en cierta medida, una señal del orgullo que la contraria sentía del origen, en parte élfico de la segunda iteración de su escuela. Se fijó en sus cejas, en el leve maquillaje que llevaba, en aquel rostro redondo, parcialmente aniñado para una mujer de su edad, pues no sería mucho más joven que él, en aquella nariz fina de hermoso perfil, que sería la envidia de cualquier hechicera operada, y también, en aquella cicatriz en la zona derecha de su cara, la cuál afeaba, lo que de resto, era un rostro, que cualquier adepta de Aretuza soñaría tener de manera natural.

El vino, de origen kaedweni, lo que aunque no de Toussaint, era aceptable, cortesía de la casa, en agradecimiento por Putnam haber salvado la Rosa Púrpura de los bandidos que intentaron tomarla, corrió en abundancia tras que Jolanta convenciera al brujo de que dejara de ser tan humilde y aceptara el agradecimiento de Olivia. Lo que hizo qué, tras un impresionante número de botellas (al menos en lo que a estándares humanos se refiere) ambos acabaran borrachos, ella más que él.

La velada se fue volviendo más distendida a medida que el vino kaedweni fluía por sus venas. Putnam, a pesar de su tamaño y resistencia (en parte generada por el abuso de Gaviota Negra, a la que había recurrido cómo medio para lidiar con sus problemas de insomnio desde la pérdida que ahora ambos compartían), no pudo evitar sentir los efectos del alcohol, aunque lo llevaba mejor que Jolanta, que empezaba a mostrar signos evidentes de embriaguez. Sus mejillas se habían sonrojado y sus ojos felinos dorados brillaban con una luz diferente, casi divina, más alegre y despreocupada. Su risa, que al principio había sido contenida y educada, ahora sonaba libre y genuina, llenando la taberna con su eco.

Putnam la observaba con una sonrisa en los labios, disfrutando de la transformación de Jolanta. Era como si el alcohol hubiera derribado las murallas que ella había levantado a su alrededor, revelando a la verdadera Jolanta, una mujer apasionada, divertida y llena de vida. El brujo, cómo con otras compañeras felinas de la bruja que habían llegado antes a su vida, no pudo evitar sentirse atraído por ella (rezando en ese instante, para que a diferencia de con Tubiel, no fueran tan cercanas, pero lo dudaba, la caravana de los Gatos no era tan grande, el había podido verla en persona), no solo por su belleza

física, sino también por su personalidad, que era un contraste refrescante con la seriedad y la disciplina que normalmente lo rodeaban.

Putnam se sentía a gusto en la compañía de Jolanta, y aunque sabía que era una situación complicada, no pudo evitar disfrutar de la velada. La bruja era una mujer interesante, y había algo en ella que lo hacía sentir vivo de nuevo, después de tanto tiempo sumido en la tristeza y el dolor. Después de tanto tiempo buscando paliarlo de maneras erróneas.

La noche avanzaba y la taberna se iba vaciando poco a poco. Jolanta y Putnam seguían sentados en su mesa, rodeados de botellas vacías y los restos de su cena. La luz tenue de las velas daba a la escena un aire íntimo y acogedor.

Tras un rato, Putnam se encontraba en un estado de embriaguez controlada, pero Jolanta estaba claramente bastante alcoholizada. Sus palabras se entrelazaban unas con otras y su risa sonaba más fuerte de lo normal. El brujo la observaba con una mezcla de diversión y preocupación. No quería que la noche terminara mal para ella.

— Creo que deberíamos irnos —dijo Putnam, tratando de ser lo más suave posible—. Ya es tarde y tú... bueno, creo que has bebido demasiado.

Jolanta lo miró con ojos entrecerrados, tratando de enfocar su vista. — ¿Ya nos vamos? —preguntó, con una sonrisa torcida—. Pero si acabamos de conocernos...

Al instante, percatándose de su estado sin que Putnam dijera nada, Jolanta asintió, con una expresión de tristeza en su rostro, preguntó a Olivia por el precio de todo, pagó por la cena, y se levantó de su asiento, tambaleándose ligeramente. Putnam se apresuró a ayudarla, sosteniéndola por la cintura.

— Gracias —murmuró Jolanta, apoyándose en él—. Eres muy amable, ¿sabes?

Putnam sonrió, sin saber muy bien qué decir. Se limitó a asentir y a guiarla hacia la salida de la taberna.

Cuando salieron a la calle, el aire fresco de la noche les dio un respiro del ambiente cargado de la taberna. Jolanta se aferró a Putnam con más fuerza, tratando de mantener el equilibrio. El brujo la sostenía con cuidado, asegurándose de que no se cayera.

— ¿Dónde te hospedas? —preguntó Putnam, con lo que Jolanta ya había identificado cómo su excesiva formalidad, tratando de averiguar a dónde debía llevarla.

— No me “hospedo”, brujo idiota — comentó Jolanta divertida — Tengo una casa, cerca del puerto ¡Y eso que odio el mar! Que ironía... Pero bueno, a caballo regalado, no le mires el diente — un eructo poco femenino entonces se le escapó, reafirmando el estado tan poco adecuado en el que se encontraba—

Putnam no pudo evitar soltar una risa ante la espontaneidad de Jolanta. Aunque la situación era seria, la mezcla de embriaguez y sinceridad de la bruja resultaba encantadora.

— Bueno, creo que será mejor que te lleve a casa entonces. No querrás tropezar y caer al agua, ¿verdad? — bromeó Putnam —

— Sería un final interesante para la noche, ¿no crees? Pero prefiero llegar a mi casa sin un baño en las maravillosas aguas del puerto — ironizó ella aquello último —

Con cuidado, el brujo la ayudó a caminar por las calles, desde el Distrito Rojo hacia su casa. Jolanta seguía hablando animadamente, pero sus palabras eran cada vez más incoherentes a medida que el alcohol llegaba a su punto álgido. Putnam la escuchaba atentamente, intentando entender lo que decía y asegurándose de que no se cayera.

Llegaron finalmente a la casa de Jolanta. Una construcción de dos pisos de altura con detalles de la arquitectura de la Novigrado siglo 10 en su fachada, probablemente un antiguo edificio que había sido reformado. Putnam la ayudó a subir los escalones y abrió la puerta con la llave que la bruja sacó con cierta dificultad.

El interior estaba decorado de manera sencilla pero acogedora, exceptuando por una alfombra, con orígenes en la lejana Barsa, según intuía por su diseño (un tanto hortera según su opinión), que decoraba el suelo del salón. De hecho, observando el resto, a Putnam le recordó en cierta medida, a cómo se vivía en la caravana de los Gatos. Todo era funcional, y sin complicaciones, nada que pudiese llamar la atención, de en el caso de la caravana, oficiales fronterizos corruptos, y en el aquel caso de la casa, ladrones. Exceptuando claro está, por la mencionada alfombra de "llamativo" diseño.

Una vez dentro, Jolanta se dirigió tambaleándose hacia el sofá y se dejó caer en él con un suspiro. Putnam cerró la puerta detrás de ellos y observó el estado de embriaguez de la bruja con un mayor estado de preocupación que antes. Se acercó a ella y se sentó en el borde del sofá.

— ¿Estás bien? —preguntó Putnam calmadamente, aunque con un deje de dicha mayor preocupación en su voz.

Jolanta soltó una risa descontrolada antes de responder: — Claro, estoy perfectamente bien. Solo un poco mareada, eso es todo. El vino de Kaedwen tiene su efecto, ya sabes.

— Deberías descansar un poco. —sugirió Putnam—.

Jolanta, entonces, sonrió con cierta malicia y cambió la posición de sus piernas, adoptando una pose mucho más sensual. Miró a Putnam con ojos depredadores y le dijo:

— Puedes quedarte si quieres. No te preocupes, no me harás daño.

Putnam arqueó una ceja, sorprendido por la invitación, sintiéndose algo incómodo por un momento ante la sugerencia de Jolanta. Aunque la noche había sido interesante cuánto menos, no quería aprovecharse de la embriaguez de la bruja. Así que, respiró hondo tres veces antes de responder con calma:

— Jolanta, aprecio la oferta, pero creo que es mejor que descanses.

La bruja entonces soltó una risa juguetona sin dejar de mirarlo fijamente.

— Eres un brujo tan serio, Grifo… — hizo un puchero —

— No te preocupes, Jolanta. Es parte de mi naturaleza —respondió Putnam con una sonrisa amable, tratando de mantener el tono ligero a pesar de la situación.

Tras aquello, Putnam se levantó, y se dirigió a la puerta, dispuesto a marcharse. Se giró, y le dedicó una última mirada.

— Pero, ¿Sabes? No me vendría mal una compañera de viaje. Digo, sí no estás muy asentada en la ciudad, todo sea dicho.

Jolanta entonces, le respondió con una leve sonrisa desde el sillón, el cuál, seguramente se transformaría aquella noche en su cama, por lo que tenía pinta.

— Grifo, eres un brujo tan complicado — comentó Jolanta con una risa divertida, aunque en sus ojos se notaba una chispa de tristeza—. Pero sí, la verdad es que no estoy muy asentada en la ciudad, suelo tener trabajos aquí y allá, vamos, cómo todos los del gremio, mira, hasta fortaleza propia tengo para el invierno — hizo un gesto exagerado y divertido, señalando toda la casa desde el sofá —. Así que sí, tal vez podríamos ser compañeros de viaje, al menos por un tiempo.

— Entonces, compañera de viaje, creo que es hora de que descanses. Mañana será otro día.

— Mañana será otro día.